

ACERCA DE LA NACIÓN: EL CASO DE LOS EE.UU.¹

En una época en que fenómenos como la globalización y la concentración en grandes sociedades político-económicas parecen afirmarse en la palestra de la historia, muchos aspectos de la realidad histórica van cayendo en el olvido por considerárselos anticuados o en vías de extinción. ¿Tiene algún sentido hablar de la nación cuando es la globalización lo que, sin duda, marca el proceso actual?

Desde hace más de tres lustros, tras el fin de la Guerra Fría y la subsiguiente desaparición de la escena de las superpotencias de la Unión Soviética, se observa en el panorama intelectual internacional un renovado y creciente interés por comprender cabalmente el fenómeno de los EE.UU., si bien la mayor parte de los enfoques y de las aproximaciones se centren en un aspecto del “imperio” por ser lo más llamativo desde una perspectiva externa.

Pero frente a este debate sobre el imperio y el imperialismo se está librando en los Estados Unidos un singular debate acerca de lo que es la nación americana. Y esto no sólo se lleva a cabo mediante argumentaciones científicas, sino incluso también con las armas de la creación literaria. Ejemplo neto de este debate con indumentaria literaria es la obra de Thomas

Jorge Uscatescu Barrón es Doctor en Filosofía

¹ Reflexiones a propósito del libro de **Samuel P. Huntington**, *Who are we? America's Great Debate*. Simon & Schuster, Nueva York, 2004.

Pynchon *Mason and Dixon*², en que se ofrece una transfiguración estética del trabajo cartográfico de Mason y de Dixon en las vísperas de la guerra de independencia americana.

La novela gira en torno a la ejecución de la obra cartográfica de ambos astrónomos británicos que llevan la misión encomendada de trazar la línea de demarcación fronteriza entre algunas colonias británicas. Con este trabajo de agrimensura, que, a los ojos del escritor, se antoja como una herida en la tierra, al ignorar las líneas geográficas naturales³, se dibuja y surge el espacio americano poco antes de separarse definitivamente de la metrópolis. Durante sus viajes por los territorios colonizados, ambos agrimensores de ocasión se ven frente a una realidad americana peculiar y diversa de la británica: no son colonos británicos los que allí moran, sino colonos americanos en un lugar salvaje en medio de indios. En su visita a Pennsylvania se acentúa aún más el abigarramiento de naciones y de credos religiosos transplantados a esta tierra. Pynchon retrata lleno de ironía y no sin cierto sarcasmo, en un caleidoscopio literario, la América en ciernes en su acto fundacional.

En este estudio quiero tomar en consideración un libro monográfico sobre el tema, alejado de las ficciones literarias dominantes. No es ciertamente el primero en acometer este tema, pero sí es un libro lo suficientemente rico como para dar que pensar en nuestros días. Se trata de la obra del conocido politólogo norteamericano Samuel P. Huntington, autor de numerosos libros, especialmente del denostado *The Clash of Civilizations*, de 1996, que más que por su contenido sigue dando que hablar por su título. En su nueva monografía *Who are we? America's Great Debate*, de 2004, analiza el problema de la identidad nacional de los EE.UU. en una perspectiva política apoyada en estudios sociológicos y demoscópicos previos.

Todo libro, como toda obra literaria y artística en general y asimismo como toda obra científico-natural, surge en un contexto histórico, determinado por un marco cosmovisivo más o menos delineable, y una motivación

² Holt, Nueva York, 1997.

³ *Ibidem*, pág. 542.

que justamente prefija el planteamiento del libro y la marcha de la investigación. Ya en el prólogo queda claro que el motivo intelectual del libro es el patriotismo del autor, aguzado por una crisis de conciencia nacional americana ante los cambios que están sucediéndose en lo relativo a la relevancia y esencia de la identidad nacional⁴; por ello no es un tema abstracto y exangüe, sino un asunto candente que atañe directamente al autor y a la sociedad en cuya historia está inscrito. Es también manifiesto que el subyacente patriotismo troquelado sobre un modelo restablecido de identidad nacional es el elemento determinante que prefigura las vías de exploración de este fenómeno político: la identidad nacional.

Si el motivo es el patriotismo, ¿cuál es la ocasión inmediata de este libro? Según Huntington, la cultura anglosajona ha constituido durante siglos la médula de la identidad nacional, pero es a finales del XX cuando estos pilares de la cultura anglosajona están siendo socavados por la fuerza pujante de los hispanos y por la ideología adversa del multiculturalismo.

Por eso, lejos de ser un estudioso imparcial, Huntington se perfila como un intelectual comprometido, esta vez con la nación y no con ideas emancipatorias y “progresistas”, al tomar claramente partido por la cultura anglosajona como cimiento de la identidad nacional de los EE.UU., descartando como elementos identificadores la raza, la etnia, la ideología.

§ 1. BREVES APUNTES SOBRE EL CONCEPTO DE NACIÓN: ALEXIS DE TOCQUEVILLE EN AMÉRICA

El libro de Huntington se propone analizar la identidad nacional de los EE.UU. Pero si ésta es la tarea, habrá primero que establecer qué se entiende por tal identidad nacional. Aunque se advierte un esfuerzo por un tratamiento teórico del problema, se echan de menos importantes precisiones acerca del concepto de nación, requisito previo ineludible, y, por otro, no hay ni rastro de elucidación previa de lo que es la identidad en sí, cuanto

⁴ Samuel P. Huntington, *Who are we?*, págs. XVI-XVII.

menos aún del fenómeno más intrincado de la “identidad nacional”, tarea casi más ardua que la de la identidad personal si cabe.

“¿Qué es la nación?” es una rancia pregunta –piénsese en el homónimo libro de Renan–, y de complicada respuesta, que fácilmente aboca a fórmulas estereotipadas. La nación puede circunscribirse, a título provisional, como una entidad histórica que dura en el tiempo y se dilata en el espacio, con un origen o surgimiento concreto que se narra en un mito o una historia con un mayor o menor fundamento en la realidad acaecida.

De la misma forma que el origen de Roma se nos transmite en un mito que narra cómo los hermanos gemelos Rómulo y Remo fundaron la ciudad, así también se sitúa el acta fundacional de América con la arribada a sus costas de protestantes sectarios a bordo del “Mayflower”: los sedicentes primeros pobladores de los EE.UU., que, como se sabe, no fueron los primeros ni los más emprendedores. En un caso, el marco espacial son las orillas del Tíber, en el otro, la costa oriental atlántica de Norteamérica.

La nación está ligada a una raza o una etnia. No importa que en un principio haya habido varias razas o pueblos, lo importante es que en el origen se haya dado una homogeneidad, o mejor dicho, que se crea que haya habido tal homogeneidad étnica o racial, como se expresa en los mitos fundadores de las naciones. Si en el caso de Roma son los latinos los que se afirman frente a los etruscos y a otros pobladores del Lacio, en el caso norteamericano se trata de emigrantes ingleses practicantes de una religión concreta, diversos, por ejemplo, de los holandeses allí asentados. A estos ingleses del protestantismo sectario del XVII se remontan los actuales portadores de la nación americana. En una nación hay en el pasado original unos antepasados fundadores de los que descienden de alguna manera los actuales portadores de la nación. Ésta es como una cadena de mayores y de descendientes todos ellos unidos desde el pasado y proyectados a la vez hacia el futuro.

En origen se toman unas decisiones, se cristaliza una visión del mundo, una forma concreta de cotidianidad y una religión, de tal modo que queda prefigurada ya una vía por la que discurrirá el proceso histórico o se realizará su misión histórica.

Entre las coordenadas temporales de pasados ancestros, presentes o coetáneos y futuros o descendientes, evoluciona, pues, la entidad nacional como una entidad particular organizada en que un grupo humano se articula para formar una comunidad. Esta comunidad es tal no sólo por una convivencia o contigüidad espacial, sino sobre todo por seguir unas leyes y principalmente por entender de una forma distinta el conjunto de las cosas, todo lo cual se sedimenta en lo que se da en llamar cultura.

Esta definición de nación, a la que se suma ciertamente Huntington no soluciona del todo la gran cuestión acerca de lo que es la nación. Para el historiador Federico Chabod la nación es también un hecho espiritual, pero susceptible de ser interpretado de dos maneras bien diversas.

Por un lado, la nación posee un origen étnico, ya que una raza o un pueblo concreto expresan un sentir común de las cosas que se vertebra en una forma concreta del espíritu: es la idea de nación de Herder como comunidad étnica⁵. Por otro lado, está la nación como expresión de la voluntad general: es la idea de Rousseau⁶. Sobre estos dos pilares se asienta la cultura.

Volvamos al caso americano. Alexis de Tocqueville no fue el primero, pero sí ha sido el pensador político que ha legado el mejor retrato fisiognómico de la nación americana, al haber sabido recoger y trazar las leyes, costumbres, usos, ideas y creencias a través de las cuales se revela inconfundible la esencia de la nación americana, en su famoso libro *De la démocratie en Amérique* de 1835⁷. Aquí se demuestra una vez más cómo un perspicaz foráneo es capaz de ahondar en las profundidades y recónditos recovecos de una nación, previa observación concienzuda de los fenómenos. Para el joven jurista francés enviado por su gobierno para estudiar *in situ* el sistema penal norteamericano lo importante es la dimensión política de la sociedad junto a los usos y costumbres, pero apunta que en este caso de tal modo están unidas

⁵ Federico Chabod: *L'idea di nazione*, Laterza, Bari, 1961, pág. 68.

⁶ *Ibidem*, pág. 70.

⁷ Alexis de Tocqueville: *De la démocratie en Amérique*, introducción de Harold Laski (2 volúmenes), en *Oeuvres, papiers et correspondances*, edición dirigida por J.P. Mayer, Gallimard, 1951.

costumbres y leyes que lo que se llama democracia define tanto el sistema político cuanto las costumbres mismas.

¿Qué es lo que llama la atención de Tocqueville? La igualdad de condiciones. Este hecho determina, a su parecer, la marcha de la sociedad misma por completo, impregnando de su espíritu la forma de gobierno: no es un objetivo al que apunten las leyes, sino el punto de partida⁸. Y este punto de partida que constituye la base de la democracia americana se inscribe en un proceso histórico universal, casi como un don de la providencia, al que han contribuido todos los hombres. Es en este país donde se asiste al triunfo imparable de esta revolución⁹.

De este germen democrático fueron los portadores todos los emigrantes europeos, y no sólo los anglosajones, porque a todos les son comunes dos notas decisivas: la carencia de una idea de superioridad al abandonar sus respectivas patrias y la situación dolorosa y desgraciada de la emigración marcada por la pobreza. A su entender, la aristocracia territorial europea no emigró al nuevo continente.

Como todo esto es común a otros territorios americanos, Tocqueville advierte que el fermento cultural del que germinó la sociedad americana fue el puritanismo o el protestantismo sectario de la Inglaterra del XVII, mientras que el tejido social era urdido por la clase media. La homogeneidad étnica y religiosa inicial marcó desde el inicio el desarrollo de la nación¹⁰.

La libertad de prensa así como en general la libertad de expresión descansan jurídicamente en la propia Constitución americana, que sitúa la so-

⁸ *Ibidem*, I 1: "Entre los objetos nuevos que, durante mi estancia en los Estados Unidos, han atraído más mi atención no ha habido otro que me haya impresionado más vivamente que la igualdad de condiciones. Sin esfuerzo descubrí el maravilloso influjo que ejerce este hecho sobre la marcha de la sociedad; le confiere al espíritu público una determinada dirección o un determinado sesgo a las leyes, a los gobiernos, nuevas máximas, y a los gobernados, hábitos peculiares".

⁹ *Ibidem*, I 4.

¹⁰ *Ibidem*, I 34.

beranía en el pueblo, ya que “la soberanía del pueblo y la libertad de prensa son, pues, cosas por entero correlativas”¹¹.

¿Dónde estriba la trabazón de uno y otro elemento? Si la soberanía radica en el pueblo y éste se concibe como un conjunto de ciudadanos o individuos, cada uno de ellos aspiraría a expresarse libremente. Ahora bien, Tocqueville observa que en la democracia la mayoría ejerce un imperio absoluto al que nada se puede resistir; es el origen de esta forma de gobierno, pero también una vía abierta a la tiranía¹².

¿Es el ideario político así presentado en verdad el elemento aglutinador de la nación? O si se prefiere, siguiendo el discurso tocquevelliano, ¿son las leyes de una nación los elementos que la vertebran? En el caso de los EE.UU. parece haber tres posiciones básicas contrapuestas entre sí.

Una primera opinión, la política, como la presenta Huntington, sostiene que la serie de principios políticos básicos reflejados en la Constitución, esto es, el llamado “credo americano”, constituye la base de la nación con total exclusividad. En su voluminoso libro sobre la cuestión negra el economista sueco Myrdal estudia especialmente las creencias, estimaciones e ideas de la población blanca americana sobre la población negra¹³, pero advierte también sobre la estridente diversidad dentro de la nación americana con sus gentes oriundas de tan diversas tierras y naciones del mundo. En medio de este caos racial y cultural avasallador cree haber divisado un elemento unitario: una homogeneidad estimativa y dóxica que se condensa en lo que llama “ethos social” o “credo político” y que es, en suma, lo que confiere unidad y uniformidad a la nación americana¹⁴. Éste comprende como “ar-

¹¹ *Ibídem* I 187.

¹² *Ibídem* I 263: “Lo que más le critico al gobierno democrático, tal como ha sido organizado en los Estados Unidos, no es, como muchos suponen en Europa, su debilidad, sino, por el contrario, su fuerza irresistible, Y lo que más rechazo produce en mí de América no es la libertad extrema que allí reina, sino las pocas garantías que ahí se dan contra la tiranía”.

¹³ **Gurmar Myrdal**: *The American Dilemma. The Negro Problem and Modern Democracy*, Harpers & Brother, Nueva York/Londres, 1944.

¹⁴ *Ibídem*, pág. 2: “Es difícil eludir la valoración de que este credo americano es el cemento en la construcción de esta gran dispar nación”.

títulos de fe” –siguiendo la metáfora religiosa empleada– la dignidad de la persona, la igualdad, la justicia y la igualdad de oportunidades. Además de identificar llanamente el ethos social americano con unos principios políticos, vástagos innegables de la Ilustración europea del XVIII, Myrdal hace extensivos estos ideales americanos a toda la humanidad. Este raptó de clara prosapia wilsoniana y rooseveltiana en pleno fragor de la II Guerra Mundial cesa en cuanto Myrdal y sus colaboradores del voluminoso bártulo se ponen a analizar el llamado problema negro y otros elementos apenas reflejados en ese credo americano.

¿Cabe definir una nación sólo en términos políticos en general, esto es, según un sistema político vigente en un momento histórico por muy dilatado que éste sea? Esta pregunta tan importante no se la plantea Huntington, quien, sin embargo, procede a criticar la segunda posición. Pero no parece conveniente esquivarla. Hay que plantear esta cuestión, aunque sólo sea en sus grandes líneas. Una ojeada somera a la historia de las naciones, desde sus balbuceos hasta la época en que se consolidaron y evolucionaron ya con firmeza, basta para deshacer tal hipótesis. Roma nació como monarquía, pasó, tras deshacerse del dominio etrusco, a ser una república aristocrática, que con el transcurso del tiempo y como consecuencia de las luchas entre patricios y plebeyos fue adquiriendo rasgos cada vez más democráticos entre guerras civiles y dictaduras hasta, por fin, llegar a un principado o monarquía de nuevo cuño (la fórmula encontrada por Augusto para salir de la espiral de guerras civiles y que se perpetuó durante cuatro siglos más, apenas alterada.) Con todo, algo que sí permaneció inalterado o se creyó con firmeza en que así fue, fueron las leyes del pueblo romano, que, una vez fijadas en las Leyes de las XII Tablas, siguieron siendo válidas, si bien modificadas y ampliamente desarrolladas, hasta la disolución del imperio romano.

En definitiva, la nación como entidad histórica parece constituir un fenómeno con una variable Constitución política.

Se alza una segunda opinión que hace de América una nación de emigrantes, una yuxtaposición de pueblos distintos. Por lo menos es trazable esta tesis hasta Roosevelt y Kennedy, ambos presidentes salidos del partido

demócrata, pero la expresión intelectual más cabal se puede encontrar en el sociólogo Robert Bellah, pero con matices críticos:

“Todos los americanos salvo los indios son inmigrantes o descendientes de inmigrantes, mas no todos los inmigrantes han tenido la misma acogida. El modo en que han sido tratados los diferentes grupos y el lugar que cada uno ha encontrado dentro de la comunidad nacional es indicador distintivo de la distancia entre los valores americanos y la práctica, y entre la pretensión de ser una comunidad universal y la realización actual”¹⁵.

Esta idea se sublima en el mito de una América convertida en refugio de perseguidos, con el corazón abierto a todos los afligidos y oprimidos del mundo. A su entender, el proceso de americanización fue un proceso guiado por la cultura y la etnia anglosajonas.

En vez de analizar la íntegra argumentación compleja de Bellah, Huntington prefiere centrarse en la tesis primera. A ésta le opone la distinción primordial entre colonos (settlers) e inmigrantes. Mientras que los primeros han abandonado su país de origen en grupo para fundar una nueva comunidad en un territorio lejano y no habitado o escasamente poblado, con un programa o ideario concreto de proyecto social, político o religioso, el inmigrante, lejos de querer fundar una nueva comunidad, se incorpora a una comunidad preexistente. Para Huntington el núcleo cultural de América lo constituyen los colonos de los siglos XVII y XVIII, afectos a una cultura definida básicamente por valores religiosos protestantes, con una ética del trabajo (Max Weber), con un idioma: el inglés, así como con tradiciones legales, usos y costumbres también ingleses: “A partir de esta cultura desarrollaron los colonos, durante los siglos XVIII y XIX, el credo americano con sus principios de libertad, igualdad, individualismo, gobierno representativo y propiedad privada. Las generaciones siguientes fueron asimilándose a la cultura de los colonos fundadores, contribuyendo a ella y modificándola, pero sin cambiar sus fundamentos”¹⁶.

¹⁵ Robert N. Bellah: *The Broken Covenant; American Civil Religion in Time of Trial* (1971), 2ª ed., University of Chicago Press, 1992, pág. 88.

¹⁶ Samuel P. Huntington, *Who are we?*, págs. 40-41.

Examinadas las cosas más de cerca, resulta que la serie de principios políticos recogida en el credo americano se origina en una sociedad concreta de colonos anglosajones con elementos holandeses y alemanes, con una religión cristiana de raigambre protestante, pero a partir de 1820 y hasta 2000 el flujo enorme de inmigrantes, que ascendió a un total de 66 millones, ha modificado substancialmente el origen étnico primigenio de los pobladores.

Mas no cabe duda de que en el caos americano el elemento ideológico procede del mundo cultural y forma parte integrante de la identidad nacional. ¿Cómo ocurre esto?

En 1776 una parte significativa de la población de las colonias británicas de Norteamérica se decide a rebelarse abiertamente contra el gobierno británico, que con sus crecientes exacciones agravaba por momentos la situación económica de sus súbditos americanos. Como en ambos lados lucharon anglosajones protestantes, la identidad de la nueva nación naciente en lucha con la metrópolis no podía descansar ni en la raza o etnia ni en la religión ni, en fin, en la cultura, sino en un elemento que desuniese a ambas facciones entre sí: la componente política e ideológica. Las ideas de la Ilustración de la soberanía popular, libertad e igualdad se plasmaron en el ideario político que configuró el núcleo de la declaración de independencia americana. A pesar de todo, este elemento ideológico no agota la identidad nacional.

El llamado patriotismo político o constitucional (*Verfassungspatriotismus*) es un producto típico del siglo XX por el que segmentos de las minorías intelectuales dirigentes de una nación declaran que la identidad de ésta tiene que definirse en términos meramente políticos de democracia liberal, sin importar elementos culturales, usos y costumbres, elementos étnicos, religiosos o económicos. ¿Es la nación una agrupación de ciudadanos que respetan una Constitución política? Ciertamente no cabe reducir lo cultural o conjunto de “valores” que importa una nación a la Constitución política, por más que armonice la cultura nacional con la Constitución política vigente. Esta tesis unilateral sólo puede basarse en un Estado donde la homogeneidad cultural étnica, religiosa y lingüística no esté dada, es decir, en un Estado multicultural.

Así, Jürgen Habermas aboga sin ambages por una ciudadanía democrática que no esté enraizada en la identidad nacional de un pueblo y se oriente por principios democráticos generales¹⁷. De esta forma la nación se convertiría en una mera armazón jurídica capaz de crear por su neutralidad cultural un espacio libre y seguro en que los ciudadanos en calidad de miembros de diversas comunidades nacionales y entidades culturales pudieran desenvolverse con libertad. El patriotismo dejaría de ser el sentimiento de pertenencia a una entidad nacional patria para convertirse en el sentimiento de adhesión a una Constitución democrático-liberal. Es la utopía republicana revolucionaria desvinculada de las tradiciones nacionales y adscrita a un universalismo.

En esta concepción ahistórica de la nación se quiere olvidar que la vida de la nación no está exenta de estas componentes ya mencionadas. La lógica de esta argumentación política aboca a la negación de las naciones y a la afirmación de una forma vaga de federalismo o de imperialismo.

Un patriotismo de estas características está mutilado. Por eso Huntington insiste con razón en el elemento cultural como vertebrador de una nación. Sin ampararse en un concepto de cultura¹⁸ procede sin más a delimitar semánticamente la médula cultural (*cultural core*) de la nación americana, su cultura dominante (*mainstream culture*), que es compatible con culturas subordinadas e incluso con entidades transnacionales basadas en elementos tales como la raza o la etnia, la religión, una clase social, etc.

Según Huntington, el núcleo cultural de la nación americana está constituido por la cultura angloprotestante dominante desde los colonos funda-

¹⁷ Jürgen Habermas: *Faktizität und Geltung: Beiträge zur Diskurstheorie des Rechts und des demokratischen Rechtsstaates*, Suhrkamp, Frankfurt am Main, 1992, pág. 643.

¹⁸ Tampoco lo hizo en su *The Clash of Civilizations and the Remaking of World Order*, Simon & Schuster, Nueva York, 1996, pág. 40 y sig., al circunscribir el concepto de civilización, que se basa en el concepto de cultura. Sin entrar en el concepto aún más problemático de civilización hay que consignar que el elemento básico de ésta lo sitúa en la religión (págs. 42 y 47). Siguiendo a Oswald Spengler y a Leo Frobenius acepta la teoría del paideuma, proceso por el cual la cultura recoge y admite en su seno, transfigurándolos, elementos exógenos prestados de otras culturas (pág. 76). Para Leo Frobenius: *Umriss einer Kultur- und Seelenlehre*, Beck, Munich, 1921 (ahora en su tercera edición, Eugen Diederichs, Düsseldorf, 1953, pág. 20), la génesis de la cultura es una producción del alma; el alma de una cultura se expresa en la cultura material y en la vida del espíritu.

dores y caracterizada por la lengua inglesa, el ideario religioso del protestantismo sectario desterrado de Inglaterra, usos y costumbres, legislación y organización política ingleses, así como otras formas culturales tales como la filosofía, la literatura, el arte y la música también de cepa inglesa¹⁹.

En la época de la colonización, además, se mantuvo una cierta unidad étnica por ser la mayoría de los colonos de origen inglés, aunque hubiese un fuerte grupo holandés radicado en lo que fue Nueva Ámsterdam y una nutrida población de inmigrantes alemanes en Pennsylvania, mas olvidando la población esclava de origen africano excluida de lo político. Aunque esa inicial homogeneidad étnica se fue disolviendo con la afluencia sucesiva de otros emigrantes norte-europeos, sin olvidar el flujo humano procedente de Asia, el grupo angloprotestante hegemónico troqueló con su impronta cultural y sus valores derivados a los nuevos inmigrantes, que asumieron los nuevos patrones culturales²⁰.

Algunos han afirmado que América fue fundada como una sociedad liberal en el sentido de John Locke o de la Ilustración, sugiriendo con ello un origen político de carácter abstracto para la nación americana, cuando, en realidad, al parecer de Huntington, fue del magma cultural protestante puritano de donde surgieron esas ideas liberales²¹.

En esta otra vertiente y origen de la identidad americana se cristaliza y se consolida el mito religioso en tomo a “a town upon a hill”. El puritano John Winthrop (1588-1649) pronunció a bordo de un barco que surcaba la bahía de Salem, poco antes de desembarcar en aquellas tierras, una homilía titulada “Un modelo de caridad cristiana”, en que entre otras cosas profesaba la firme

¹⁹ Samuel P. Huntington, *Who are we?*, pág. 59: “América ha tenido siempre una plétora de subculturas; también ha tenido una cultura angloprotestante dominadora de la que ha sido partícipe la mayor parte de sus gentes, fueren de las subculturas que fueren. Pues, durante casi dos siglos esta cultura de los colonos fundadores ha sido básica y la componente permanente de la identidad americana. Uno no tendría más que preguntarse: ¿sería América lo que hoy es si en los siglos XVII y XVIII hubiese sido colonizada no por protestantes británicos, sino por católicos franceses, españoles o portugueses? La respuesta es no: no sería América, sino Québec, Méjico o Brasil”.

²⁰ *Ibidem*, pág. 61.

²¹ *Ibidem*, pág. 62.

esperanza de fundar en la nueva tierra “una ciudad sobre la colina”, es decir, una sociedad basada en la religión cristiana, entiéndase: protestantismo. Este hecho y la importancia indiscutible del elemento puritano han servido a muchos para hablar de una fundación religiosa de la nación americana; pero no pueden despreciarse, por otra parte, otros elementos como el comercial, que fueron determinantes en la colonización británica de América y en la forja de la identidad de la nación americana, de la que Tocqueville alabó con razón su exacerbado sentido comercial.

Este protestantismo fue caracterizado por la disidencia, pero en algunas colonias predominó una forma aún más radical: “la disidencia del disenso”, como ya había advertido Edmund Burke²². Se trata de la incesante multiplicación de sectas y movimientos disidentes, a su vez, de esas sectas transplantadas de la metrópolis. Esta proliferación sectaria cuajó y se acrecentó en un ambiente templado por el fervor y el entusiasmo religiosos. Esto hizo que el protestantismo jamás fuese un bloque monolítico homogéneo, sino un conglomerado de sectas divididas, a su vez, en otras hasta el punto de que la religión se ha convertido en una cuestión privada, creándose un espacio para que se desarrollasen otras religiones y credos aportados por los sucesivos aluviones migratorios. Y, sin embargo, este protestantismo disidente aún activo sigue siendo un fermento esencial de la sociedad americana.

§ 2. EL CREDO AMERICANO

La heterogeneidad racial y religiosa, así como las desigualdades sociales y económicas en la nación americana han llevado a algunos estudiosos a buscar un denominador común en algo distinto de la cultura anglosajona. El ya mencionado economista sueco Gunnar Myrdal acuñó y divulgó el término

²² **Edmund Burke**: *Speech on the Conciliation of America*, en *Selected Works*, edited with introduction and notes by **E.J. Payne**, Clarendon Press, Oxford, 1904, vol. 1, pág. 181: “The religion most prevalent in our northern colonies is a refinement on the principles of resistance: it is the dissidence of dissent, and the protestantism of the protestant religion”. La famosa expresión de **Burke** dice tomarla **Huntington** de *Reflection on the Revolution in France (Who are we?)*, pág. 64). Este error es, en realidad, una excepción en su documentadísimo estudio, caso raro en la bibliografía anglosajona, por lo visto, reacia a citar.

“credo americano”, de inconfundible connotación religiosa para denominar el ethos político y social común a todos los americanos. Este credo americano se define como la creencia “en la dignidad básica del ser humano individual, en la igualdad de derechos inalienables como la libertad, la justicia y la oportunidad justa (*a faire opportunity*, que es evidente que nada tiene que ver con la igualdad de oportunidades²³)”. Esta fórmula recogida por Myrdal fue ya observada y comentada por Tocqueville, pero remite, en última instancia, a la declaración de independencia.

Aunque el tenor del credo no parece haberse alterado esencialmente durante más de doscientos años, se pueden espigar nuevas reformulaciones que subrayan éste o aquel extremo y remodelaciones semánticas nada irrelevantes, como la reconducción semántica de “oportunidad justa” a “igualdad de oportunidades”. Pero por más que se subraye el elemento ilustrado y racionalista, esto no es óbice para reafirmar, como hace Huntington, las raíces religiosas de las ideas sobre la ley natural y la ley común, la tesis de la limitación de la autoridad estatal, así como las nociones básicas del derecho inglés, que hicieron que esas ideas germinasen y creciesen, proliferando en un terreno ya abonado por ellas²⁴.

Sin embargo, este “credo americano”, sucedáneo político del protestantismo y de la Ilustración, no se corresponde exactamente con lo que es la sociedad americana, sus usos y sus costumbres, a menudo divergentes de ese ideario. Este ethos americano no se adecua, por lo tanto, a lo que es el credo americano, si bien sea en gran medida un sedimento habitual del protestantismo, como puede certificarse en dos de sus rasgos más sobresalientes: feroz individualismo radicado en la idea de la responsabilidad moral individual, y la llamada ética del trabajo en su fórmula weberiana archiconocida, según la cual con el trabajo de cada uno se va librando el presente y el porvenir, mientras que la holgazanería y la pereza se tienen por vergonzosas e incluso por

²³ Gunnar Myrdal; *The American Dilemma*, pág. 3.

²⁴ Samuel P. Huntington, *Who are we?*, pág. 68: “El credo americano es la creación sin par de la cultura protestante disidente. La amplitud, el fervor y la continuidad con que los americanos se han adherido a este credo dan testimonio de que es una parte imprescindible de su carácter e identidad nacionales”.

pecaminosas. Baste con estos apuntes que esbozan la tesis más plausible en mi opinión de que en modo alguno el “credo americano” agota el ethos nacional americano.

§ 3. RELIGIÓN Y NACIÓN

En la historia de la humanidad se advierte que el fenómeno de la religión se da unido a un determinado grupo humano, a una cultura o a una nación. Hay, pues, una ligazón esencial entre pueblo o nación y religión: los dioses son los dioses propios de un pueblo, distintos de los demás dioses protectores de sus otros pueblos. Con pensar sólo en el pueblo de Israel como portador de una peculiar religión delimitada netamente de las demás religiones de los pueblos del entorno en el primer milenio antes de nuestra era, se puede ilustrar este fenómeno de la adscripción de una religión a un pueblo determinado. Esto no quiere decir que la religión sea un producto de las fuerzas cohesivas del grupo humano, como aseveran las aproximaciones sociológicas de Durkheim y sus seguidores.

En el caso americano no se puede hablar de una religión peculiar ligada al pueblo, ya que se trata de un cristianismo transplantado a un nuevo suelo; sin embargo, este cristianismo singular abraza un conjunto de sectas protestantes de acusada diversidad entre sí, pero unidas por su oposición al anglicanismo, con unos rasgos mesiánicos y quiliásticos muy pronunciados. Se distinguen cuatro grandes movimientos de despertar religioso (*awakening*) en el protestantismo americano que preparan el terreno a otros acontecimientos políticos:

- 1) El primer gran despertar evangélico de 1730-1750 prendió en todas las colonias y convocó a todos a un nuevo renacer en Cristo. De esta forma se verificó un movimiento de masas amplio y unificado por encima de las razas y de las sectas protestantes.
- 2) Un segundo gran despertar religioso con un carácter marcadamente reformista que repercutió también en el terreno social y político, y del que brotó el abolicionismo, sacudió EE.UU. entre 1820 y 1840. Así se abonó el terreno para la guerra civil entre los Estados norteros y los sureños, esclavistas.

- 3) En 1890 se pone en marcha un nuevo movimiento religioso con un acusado carácter social y político como reacción a los problemas de la industrialización y del monopolismo.
- 4) El cuarto movimiento es el del llamado protestantismo evangélico, que se produjo entre 1950 y 1970, y que originó un movimiento contra la segregación racial y las clases dirigentes establecidas.

Aunque la Constitución elimina las alusiones a Dios y a la Providencia, menciones religiosas que aparecen, sin embargo, en la Declaración de Independencia, la naciente nación americana se consideró como una especie de república protestante. Así pues, el cristianismo forma parte del ethos americano, como se reconoce en multitud de expresiones del ser americano desde los inicios de la república hasta bien entrado el siglo XX. Estas autoafirmaciones de cristianismo son mucho más abundantes que en otras naciones europeas y americanas, pero en el siglo XIX el liberalismo político con sus raíces en la Ilustración de finales del XVIII había clavado una cuña profunda entre el ethos nacional eminentemente cristiano de las naciones europeas y el Estado. No es de extrañar que un observador tan aquilatado como el joven Tocqueville, salido ya de un entorno liberal y adverso a la iglesia católica, se sorprendiese de tal hecho.

Como Huntington señala, el cristianismo sigue siendo un elemento substancial que no ha sido modificado por la masiva inmigración posterior a la fundación, ya que esta religión define aún hoy a una gran parte de esos inmigrantes. Pero a cualquier observador le parecería digno de preguntarse si tiene un influjo constitutivo en la configuración del ethos americano. Contentarse con afirmar un sometimiento del catolicismo a los patrones protestantes puritanos es poco menos que arriesgado y desde luego nada probado, y afirmar de paso que los inmigrantes católicos tiendan a convertirse al protestantismo evangélico es poco menos que irrisorio a tenor del creciente número de católicos. Esto hace que el cristianismo protestante deje de ser como tal dominante, y no sólo por el ascenso del catolicismo.

Hay un cierto fenómeno que corre parejo a la indudable secularización y que se ha venido en llamar religión civil, término que se remonta a Marco

Terencio Varrón con su *“theologia civilis”*²⁵ y que adquiere carta de naturaleza conceptual precisa en Rousseau. Este rancio concepto lo aplica Robert Bellah al caso americano para definir la forma cuasi religiosa que adoptó la república americana, eludiéndose así una definición concreta de Dios y de los dogmas y creencias peculiares de cada variante del cristianismo. Esta religión civil americana consiste en un sistema de creencias y de actos que, a juicio de Huntington, se condensan en cuatro elementos constitutivos:

- 1) La forma de gobierno se basa en la creencia en Dios o en un ser supremo.
- 2) Los americanos son el pueblo elegido por Dios.
- 3) Unos rituales políticos imbuidos de cristianismo.
- 4) Secularización de las fiestas, en que el pueblo organizado políticamente celebra a la nación y a su Dios.

§4. LA FORMACIÓN DEL ETHOS NACIONAL Y LA FORJA DE LA NACIÓN

El ethos nacional nace, se desarrolla, se transforma y desaparece como la nación misma. No es ciertamente una entidad “substancial” invariable o permanente. Hasta ahora sólo se ha delimitado muy someramente el ethos de la nación americana, pero ¿cómo es la génesis del ethos de la nación? ¿Cómo surge el hecho nacional mismo?

Toda nación surge de un magma en otra nación o entidad histórica, dentro de un horizonte cultural preciso. Así, una parte de estos grupos humanos, aun compartiendo con los demás notas comunes: raza, etnia, religión, lengua, cultura..., puede segregarse del resto, al tomar otras notas distintivas y separativas. Así como Roma fue escindiéndose de los demás pueblos latinos y de los etruscos, así también la nación americana, primero encuadrada en la cultura británica, se segregó de ésta pese a compartir con ella notas comunes.

Al parecer, a partir de 1740, tras el primer despertar religioso y la Guerra de la Oreja de Jenkins (1739-1742), mas sobre todo en la lucha contra los franceses e indios al lado de los británicos, fue forjándose una conciencia

²⁵ San Agustín, *De la ciudad de Dios*, lib. VI, cap. 5: CSEL XL, 1, pp. 278-280 ed. Hoffmann.

unitaria de todos los colonos. De esto se infiere que la guerra fue el aglutinador de los colonos norteamericanos. No hay que olvidar en general que en la guerra la comunidad nacional se une de una forma máxima en el esfuerzo bélico en un acto supremo de autoafirmación frente a los otros: así se fortalece el sentimiento de comunidad nacional hasta la exacerbación²⁶.

Pero lo que encendió la mecha de la rebelión fue la presión fiscal y la represión británicas de la resistencia de las colonias a financiar las consecuencias desastrosas de la “victoriosa” Guerra de los Siete Años (1754-1763 *sic!*). Pero ni la guerra ni la declaración de independencia ni el régimen republicano instaurado y duradero hicieron que el concepto de nación se utilizase para circunscribir esa nueva realidad de tanta complejidad política: una federación de estados independientes. Puede decirse que es con el fin de la guerra civil cuando se elimina la división de los estados, se robustece el gobierno federal y surge propiamente lo que se conoce como nación americana, que se consolida y se propaga en la historiografía nacional desde el último tercio del XIX²⁷.

A juicio de Huntington, pueden distinguirse tres concepciones vigentes aún sobre la nación americana. Héctor Saint Jean de Crévecoeur definió la nación americana como un crisol (*melting pot*) de todas las naciones que se funden en una raza de hombres con una nueva forma de vida. Según esta primera concepción, América será una amalgama de diferentes naciones que se funde en un molde nuevo.

Frente a esta concepción se levanta otra que subraya el lugar eminente de la cultura anglosajona convertida en el patrón por el que son medidos los inmigrantes y al que éstos se esfuerzan en asimilarse.

²⁶ Esta idea la confirma también para el caso americano **Samuel P. Huntington**, *Who are we?*, pág. 136: “La I Guerra Mundial incitó al reforzamiento de la relevancia de la identidad nacional frente a otras identidades. La identidad nacional alcanzó su cumbre, empero, en la II Guerra Mundial, cuando las identidades de raza, etnia y clase estaban subordinadas a la lealtad hacia la nación[...] Como hemos visto, la II Guerra Mundial hizo aumentar el significado de la componente ideológica de la identidad americana, dejando expedito el camino para llegar finalmente a las definiciones legales, étnicas y raciales de esa identidad”.

²⁷ **Samuel P. Huntington**, *Who are we?*, pág. 124.

De más reciente cuño es la teoría que destaca el pluralismo nacional, la diversidad de culturas dentro de la nación americana haciendo de los EE. UU. una suerte de imperio austro-húngaro. Por un lado, contradice la idea de una cultura dominante y rechaza la concepción del crisol de pueblos, al recalcar la diferencia frente a toda política asimilatoria.

Estas tres concepciones pueden valer también como concepciones generales sobre lo que es una nación y su Constitución. Huntington se inclina por la segunda concepción, que fija la identidad nacional en un patrón cultural dominante determinado por lo anglosajón. Esta concepción de la nación se ve amenazada por diversos fenómenos, entre ellos, y ante todo, por la creciente importancia del concepto de identidad subnacional, de acuerdo con las tendencias de pensamiento multiculturalista que dividen la nación americana en grupos raciales, etnias y unidades culturales autónomas con una identidad bien diferenciada de los demás²⁸. En efecto, la ideología multiculturalista “desmonta” la idea de una nación homogénea y la substituye por la idea de una nación compuesta de diversos grupos heterogéneos y sin cultura dominante.

La segunda amenaza procede del cuestionamiento creciente del inglés como lengua con exclusividad oficial. En primer lugar, he de señalar que, como las ideas y las creencias comunes en una nación deben expresarse en alguna lengua, a menudo se ha querido ver que la nación se funda en un idioma concreto expresivo de la concepción nacional del mundo. Sin duda, la lengua vehicula la expresión de esos valores fundadores de la nación, vertebrando la experiencia nacional. De esta forma Huntington ve en el inglés el elemento nuclear de la nación americana en que se expresa y vive la cultura anglosajona preponderantemente²⁹, y esto es así con el beneplácito, ya que todos los referenda para hacer oficial el uso del inglés, incluso en regiones con mayoría inmigrante, resultaron síes, pese a que las élites se opusieron a la oficialidad exclusiva del inglés.

No cabe duda de que una nación o un imperio, como comunidades intersubjetivas de comunicación, precisan, por lo pronto, un medio en que,

²⁸ Michael Walzer: *What means to be American*, Nueva York, 1992.

²⁹ Samuel P. Huntington, *Who are we?*, pág. 158.

por una parte, se expresen los valores y la cosmovisión básica de la nación y, por otro, se produzca una comunicación fluida entre sus miembros. Mas esta lengua común no impide la subsistencia paralela de otras lenguas menores por el número de hablantes, pero por ser común debe ser hablada por todos los nacionales.

Como en los Estados Unidos el español le está disputando la supremacía al inglés invadiendo ámbitos hasta ahora reservados a éste, Huntington ve en ello un peligro para esta identidad nacional por él propugnada.

§ 5. LA NACIÓN Y LA INMIGRACIÓN: EL RETO HISPANO A LA IDENTIDAD NACIONAL

Los flujos migratorios pacíficos o violentos (conocidos como invasiones) son una constante en la historia de la humanidad. Apenas existen grupos humanos aislados. También la nación moderna recibe esos flujos migratorios.

Hay dos modos básicos en que el inmigrante se comporta con respecto a la población que lo acoge: la asimilación o la segregación. Estos modos de convivencia pueden ser adoptados por el inmigrado o le vienen impuestos. Mientras que la asimilación lo es a un conjunto de valores sustentados en una cultura dominante, la segregación es un encapsulamiento frente al entorno cultural predominante.

En el caso americano predominó el esquema asimilatorio. En general, este proceso se coronaba con éxito en la segunda generación de inmigrantes, en gran parte porque tal asimilación era buscada por los inmigrantes, deseosos de convertirse en ciudadanos americanos³⁰.

En líneas generales, pueden señalarse tres épocas diferentes en la inmigración a los EE.UU. En el primer período, que va de 1820 a 1924, se asistió a la venida de 34 millones de europeos, que en la primera generación se

³⁰ *Ibidem*, pág. 191.

asimilaron sólo parcialmente, mientras que sus descendientes lo hicieron totalmente. En el segundo período de 1924 a 1965 se restringió ese flujo migratorio, pero continuó el esquema asimilatorio. Entre 1965 y 2000 se acogió a 23 millones de inmigrantes procedentes de Hispanoamérica y Asia, pero en vez de continuar el sistema de asimilación, se relajó notablemente la presión sobre los inmigrantes para que se convirtieran en americanos. Éste es el rasgo paradójico de este período. La población hispana se ha resistido con éxito a la asimilación. ¿Cuáles son las causas de esta “anomalía”?

Aunque Huntington ve la causa última de esta recalcitrancia en la concentración hispana en diversos territorios y ciudades, haciéndose así más impermeables a los intentos asimilatorios, no se puede olvidar el fuerte apego a la cultura patria ni tampoco el hecho de que los hispanos tengan algunos de esos territorios por suyos en virtud de la historia. A esto se suma la ideología americana surgida en la década de los sesenta contraria a la americanización de inmigrantes y favorecedora del multiculturalismo como síntesis de lo americano.

De esta forma, a fuerza de inmigrantes que ilegalmente pasan el Río Grande o arriban a las costas de la Florida, la minoría hispana se va consolidando y fortaleciendo: “A mediados del siglo XIX la inmigración estaba dominada por gentes británicas de lengua inglesa. La inmigración anterior a la I Guerra Mundial presentaba una gran variedad de lenguas, al incluir muchos hablantes de italiano, polaco, yiddisch, inglés, alemán y sueco, pero también de otros idiomas. La inmigración posterior a 1965 se distingue de las anteriores olas migratorias por hablar casi la mitad un idioma distinto del inglés. El dominio hispano en el flujo migratorio, como observa Mark Krikorian, “no tiene precedente en nuestra historia”³¹. Para Huntington este hecho constituye, recogiendo unas palabras de Clinton referentes al problema de la inmigración ilegal, una amenaza para la seguridad³².

No cabe duda de que el número es decisivo en este nuevo fenómeno de la inmigración procedente de Mesoamérica, pero la consistencia de esta mi-

³¹ *Ibidem*, págs. 224-225.

³² *Ibidem*, pág. 226.

noría en aumento demográfico constante y reacia a la asimilación obedece a cuatro factores que se resaltan en este estudio:

- 1) Concentración regional o en núcleos concretos, como los cubanos en Miami y los centroamericanos al otro lado del Río Grande, de tal forma que se ha creado a ambas orillas una Mejiocoamérica reforzada incuestionablemente por la historia hispana de la otra parte.
- 2) El apego al idioma y a la cultura.
- 3) Estancamiento educativo y empresarial.
- 4) Tendencia extrema a la endogamia.

A juicio de Huntington, la única solución a este serio reto a la identidad actual de la nación americana es la asimilación progresiva y total de la comunidad hispana al patrón cultural anglosajón. Pero el flujo incesante y en aumento de tales inmigrantes, su concentración local, sin olvidar su conciencia cultural, hacen imposible la asimilación.

¿No se está dibujando acaso una nueva identidad hispano-americana? Esta pregunta sólo la planteo.

§ 6. LA DESERCIÓN DE LAS MINORÍAS SELECTAS: BENDA AL REVÉS

a) La desnacionalización de los mandarines

En 1927 el conocido ensayista francés Julien Benda publicó un libro con el título *La trahison des clercs*. Con este título sorprendente uno cabría esperar un libro religioso o uno histórico sobre algún suceso, pero no se trata ni de lo uno ni de lo otro, sino de un escrito político de entreguerras. Los “clérigos” no son los sacerdotes de religión alguna, sino los intelectuales o los moralistas, que son todos aquellos cuya actividad no se dirige por esencia a fines prácticos, sino, por el contrario, en ejercicio de la metafísica en general, a la posesión de algún bien intemporal³³. Son clérigos porque su función con-

³³ Julien Benda: *La trahison des clercs*, introducción de André Lwoff, avant-propos d'Étienne Grasset, París, 1975, pág. 131.

siste en obrar según el dicho de Jesús “Mi reino no es de este mundo”, alejados de las muchedumbres y de las pasiones políticas movidas por fines prácticos interesados. La traición consiste en abandonar esos ideales abstractos y en bajar al terreno de los conflictos políticos terrenales. Benda ejemplifica este fenómeno en tres personalidades del mundo de las letras: Barrés, D’ Annunzio y Kipling, todos ellos consagrados ahora a la pasión nacional³⁴, es decir, al nacionalismo o “fanatismo patriótico”³⁵, teniendo todo de nacional peculiar. Las élites intelectuales (los clérigos o mandarines o *pandits*) que se trasparecen como contraejemplos de los criticados son intelectuales consagrados a ideales eternos y a la humanidad y no a la nación. Los contraejemplos son de siglos anteriores al XIX, pero en su interpretación Racine, Winckelmann, Goethe, etc., aparecen transfigurados en intelectuales humanitaristas desligados de sus naciones respectivas.

Es aquí donde Huntington toma el hilo de la discusión para retorcerlo. Se puede afirmar con este autor que en las últimas tres o cuatro décadas se ha desarrollado y acrecentado un proceso de desnacionalización de las minorías selectas y de la clase política en general, acelerado aún más con el colapso del imperio soviético, si bien no han faltado los rebrotes de nacionalismo por doquier, independientemente del respaldo en la inteligencia nacional. Ahora bien, la desnacionalización se ha generalizado. Este fenómeno tiene diversas causas o factores favorecedores.

La técnica como horizonte de comprensión universal y la subsiguiente tecnificación de todos los sectores de la vida humana con su carácter homogeneizador está creando y ha creado ya un espacio nuevo de intercomunicación, un ciberespacio en el que el flujo de información es cada vez mayor y más veloz. Asimismo la industrialización y el sector de servicios se extienden más sin cortapisas, creándose así una casta de empresarios “globales” en un espacio sin apenas fronteras nacionales. De esta tecnificación surge algo que podría llamarse “comercialismo”, una especie de pensamiento economicista que pone por encima de cualquier interés el prurito de maxi-

³⁴ *Ibidem*, pág. 138.

³⁵ *Ibidem* pág. 190.

mizar los beneficios incrementando la expansión comercial. Merced a la técnica los empresarios vehiculadores de esa nueva forma universalizante de trato, es más, de dominio del mundo, se transforman en entidades autónomas desligadas de los lugares de origen.

Este espacio universal lo ocuparon y lo ocupan diversas formas ideológicas más o menos claras. Así, el internacionalismo comunista del siglo pasado fue una ideología basada en el universalismo del socialismo que se presentaba como un sistema válido para todo país y en todo momento, aunque no se puede menospreciar la indudable componente nacional rusa en esa ideología y en su práctica real.

Por otra parte, hallamos el democratismo mucho más difuso y no vinculado exclusivamente a un país o países como en el caso anterior, si bien se puede ejemplificar en las acciones de Wilson y Roosevelt en el período de entreguerras y hasta poco después de la II Guerra Mundial. La democracia se presenta como el sistema universal de gobierno por encima de todas las diferencias territoriales, étnicas, sociales y culturales.

Otra ideología de carácter nacional es el multiculturalismo, que como ya se ha visto, concibe la nación como un conglomerado de identidades particulares sin homogeneidad.

b) La cuestión de la reacción indigenista y el populismo anglosajón

Ante el asalto global a la identidad nacional hasta ahora vigente, cabe esperar un relanzamiento de lo exclusivamente anglosajón, una figura dirigente que compendie todas esas tendencias afirmativas de lo nacional y haga frente a las cuatro tendencias socavadoras de la identidad nacional: 1) la desaparición de la etnia como factor diferenciado, 2) la lenta difuminación de las diferencias raciales, 3) la creciente influencia hispana, 4) y, en fin, el abismo que separa la importancia que para las élites posee la identidad nacional y la que le atribuye a ésta el público en general³⁶.

³⁶ Samuel P. Huntington, *Who are we?*, pág. 295.

Con la “revolución racial” operada en los Estados Unidos en las últimas décadas se ha producido una nueva situación marcada por la progresiva difuminación de diferencias de raza en virtud de los matrimonios interraciales. Pero todo este proceso de fusión y de mezcla no conduce a un “nuevo americano”, como se alancea entre los sostenedores del “crisol de naciones”, sino “a una sociedad no étnica de decenas de millares de individuos multiétnicos”³⁷. Como esta atomización racial pone en peligro la supremacía anglosajona, advierte Huntington sobre el posible surgimiento de un movimiento contrario a favor de la raza blanca; se figura un “indigenismo blanco” no muy diferente, creo yo, de los movimientos de corte indigenista que conmueven en estos últimos años los países andinos, con la diferencia de que el indigenismo blanco sería una reacción desde arriba, desde un poder establecido ahora amenazado. Esta idea me parece plausible; con todo, matiza Huntington, no podrá surgir de grupúsculos extremistas, sino del medio de la sociedad americana, y no abanderará una supremacía blanca, pero sí insistirá en la identidad nacional basada en la raza como pilar cultural.

Esta profecía política no deja de moverse en el ámbito de lo conjetural y también de lo deseable para Huntington, pero el propio autor no adivina por el momento signos de ese “despertar” de la raza blanca o al menos no los hace explícitos. Lo que sí parece cierto es que la situación objetiva está dada, aunque otra cosa muy distinta es que primero esa opinión que ha expresado Huntington prenda en amplios sectores de la población y, en segundo lugar, se articule políticamente en un movimiento, o en un partido. Lo que sí parece excluir, pero no sé por qué motivo, es que ese movimiento se articule en un partido.

En todo caso, el éxito de ese movimiento deberá tener lugar en una “coyuntura racial” en la que el grupo hispano haya alcanzado una preponderancia decisiva.

c) La fractura entre minorías selectas y pueblo

No es ciertamente nuevo el fenómeno de la divergencia entre minorías se-

³⁷ *Ibidem*, pág. 299.

lectas y el resto de la población. ¿Cómo si no podrían explicarse las crisis, los conflictos y las guerras civiles? Por de pronto, Huntington consigna la notable y grandísima disparidad entre las ideas del público acerca de la identidad nacional y las ideas acerca de ésta sostenidas por las élites³⁸.

Mas esta fractura creciente entre estos dos segmentos polares de una nación no queda circunscrita al tema de la identidad nacional; por el contrario, puede hacerse extensiva a un largo catálogo de asuntos más o menos candentes, como se viene ya observando desde hace muchas décadas. Este fenómeno se puede palpar también en una Europa inmersa en un proceso “europeísta” acelerado por unas determinadas élites.

Volvamos a las tesis de Huntington y a sus ejemplos concretos de esa fractura.

Mientras que el público es patriótico en su gran mayoría, en la clase dirigente está difundido un espíritu desnacionalizado. Pero esto también se verifica en temas similares como el libre comercio y el proteccionismo: mientras que los economistas y demás dirigentes e intelectuales se expresan a favor del libre cambio, el ciudadano medio americano apoya medidas restrictivas de la libre circulación de mercancías. Mayor aún es la aversión de la masa del pueblo americano hacia el aumento de la inmigración: pasó de un 68% en 1938 a un 83% en 1939 y alcanzó, por ejemplo, un 63 % en 1990, mientras por esas mismas fechas las élites se afanaban en defender y aplicar leyes favorables a la inmigración. Así se produce el encastamiento de las minorías selectas que se segregan tanto del resto que acaban encapsulándose.

Sea como fuere, el problema de la nación como entidad política sigue aún vivo en la escena política mundial; su extemporaneidad queda refutada al menos por este libro.

³⁸ *Ibidem*, pág. 324.